Acto de Colación de Grado
Sebastián Carlos De Filippi
Licenciado en Estudios Orientales
Universidad del Salvador

Sra. Vicerrectora Académica a cargo del Rectorado, Dra. Romina Cavalli;
Sres. Vicerrectores; Sres. Decanos;
Sres. Directores;
autoridades, docentes, graduados y público en general

Buenas tardes a todos.

Como egresado de la carrera de Estudios Orientales, hay un pasaje de las *Analectas* de Confucio con el que quisiera comenzar; cito: "Aprender y, a su debido tiempo, practicar lo aprendido, ¿no es acaso un placer?".

Me permito empezar de este modo porque en esa frase, pronunciada hace más de dos milenios, encuentro condensada una parte esencial de lo que hoy celebramos. No se trata solo de haber estudiado: hemos aprendido alguna cosa y ahora se aproxima el momento de demostrarlo.

Me toca hablar en nombre de los egresados y lo hago con alegría, pero también con algún pudor, porque este discurso no puede ser solo mío, debe ser "nuestro", de muchos egresados de varias carreras. Y acaso tampoco sea únicamente nuestro, porque hoy no solamente egresan individuos, también se prolonga una narrativa iniciada por la Compañía de Jesús en 1956, cuando se fundó esta Universidad.

La Universidad del Salvador tiene actualmente nueve Facultades. Aquella a la que pertenezco reúne Filosofía, Historia, Letras y Estudios Orientales, junto con las demás carreras que participan de la misma vocación humanística. Y aunque nuestras disciplinas sean diferentes, todas convergen en una pregunta fundamental: ¿qué significa ser humano?

La Filosofía busca los fundamentos de la verdad. La Historia intenta comprender a las personas en su tiempo. Las Letras interpretan y recrean la palabra. Los Estudios Orientales nos ponen en contacto con pueblos, religiones y lenguas que durante siglos fueron contemplados desde Occidente como ajenos. Se trata, por ende, de una Facultad diversa, pero no por ello dispersa; porque nuestras disciplinas son distintas maneras de aproximarnos a una misma realidad: el ser humano. Y esa intuición tiene, en esta Casa, un nombre propio: el de Ismael Quiles.

A este sacerdote español se debe la fundación de mi carrera; fue además uno de los artífices de nuestra Facultad y de la Universidad toda, de la que fue rector. El padre Quiles, él mismo un pedazo de Europa en América, comprendió que las culturas ajenas, por diferentes que sean, merecen ser respetadas, escuchadas y estudiadas. Quiles –el cura católico que se hizo experto en budismo y yoga– entendió que mirar hacia Asia desde la Argentina no era un exotismo, sino una necesidad; comprendió que la pregunta por el hombre no podía responderse desde una sola tradición, la propia.

De allí su propuesta, que Quiles llamó "filosofía in-sistencial". El término procede del latín *in-sistere*, en el sentido de permanecer dentro, afirmarse en el centro. Paradójicamente, no se trata de encerrarse en uno mismo, sino de todo lo contrario: abrazar ese centro interior desde el cual el individuo puede abrirse a la otredad contingente y a la alteridad trascendente sin dejar de ser él mismo.

Quizás allí encontremos una de sus grandes lecciones, que hoy recibimos como herencia: el diálogo entre culturas no comienza afuera, comienza adentro. Solo quien posee una identidad suficientemente firme puede encontrarse con una identidad diferente sin sentirla como una amenaza. Únicamente quien reconoce los límites de su propio horizonte adquiere la curiosidad necesaria para ampliarlo. Por eso, estudiar lo que se imparte en nuestra Facultad es tan imprescindible como cultivar las ciencias duras.

En esta institución trabajamos con pensamientos que se construyen con palabras y se vuelcan en textos. Operamos con ideas expresadas en un idioma o, mejor dicho, en muchos idiomas, en lenguas antiguas y modernas que son para nosotros mucho más que una herramienta técnica.

Cada idioma es una forma de mirar. Leer un texto en egipcio, hebreo, árabe, persa o sánscrito significa aceptar, aunque sea durante unos instantes, que el mundo puede organizarse de una manera diferente de aquella a la que estamos acostumbrados. Eso es un ejercicio de humildad y también de fraternidad. Y nos permite entrar en contacto con universos de belleza y riqueza apabullantes.

Al respecto, cuando la *Chāndogya Upaniṣad* dice *tat tvam asi*, "tú eres eso", nos ofrece una de las grandes intuiciones de la tradición india: que la búsqueda del conocimiento transforma a quien conoce. Uno comienza creyendo que estudia un objeto y termina descubriendo que ese objeto también lo ha estudiado a uno. Al término, el objeto no es más el mismo y nosotros tampoco. Nos hemos convertido, un poco como Saulo de Tarso en el camino de Damasco; nosotros no llegaremos a ser San Pablo, pero me gusta pensar que no se nos ocurrirá perseguir a alguien por ser distinto.

Lo dicho vale para una civilización, una obra de arte, una idea filosófica y, sobre todo, para una persona. Y aquí aparece el lema de esta Universidad, "Ciencia a la mente y virtud al corazón", originado en la sentencia latina *Scientiam do menti, cordi virtutem*. La frase –posiblemente del propio Quiles– podría figurar sin problema en una epístola paulina (en griego koiné sería algo así como *Gnôsin tôi noi̯, aretḕn têi kardíāi*), pero también en la Torá (en hebreo bíblico sonaría *Daʿat la-maḥăšāvāh, we-ṣeḏeq la-lēḇ*)… e inclusive en un texto egipcio antiguo (*Rekh en ib, maat en hati*).

Dar ciencia a la mente y virtud al corazón, entonces. No son dos tareas independientes. La ciencia sin virtud conduce a una erudición estéril o, peor aún, a un conocimiento puesto al servicio de fines que contradicen la dignidad humana. Pero la virtud sin ciencia corre el riesgo de transformarse en buena intención sin suficiente comprensión de la realidad. Así, se nos propone algo más exigente: a la vez saber y ser, pensar y actuar. En la tradición ignaciana encontramos una expresión que resume admirablemente esa unidad: *in omnibus amare et servire*, "en todo amar y servir".

Es notable comprobar cómo esta aspiración puede reconocerse, con modalidades diferentes, en muchas tradiciones antiguas: en Egipto, donde vivir sin practicar la justicia y el cuidado del otro era equivalente a ser un muerto en vida; en la India, que interrogó la relación entre conocimiento y liberación; o en China, donde se vinculó el conocimiento con la humanidad.

Eso es lo que hoy nos llevamos: no una colección de respuestas, sino pistas que apuntan a una unidad subyacente a la diversidad, junto a una disposición para seguir preguntando.

Mientras lo intentamos, no olvidemos que vivimos en una época paradójica: nunca la humanidad tuvo acceso a tanta información y, sin embargo, nunca fue tan necesario distinguir información de conocimiento y conocimiento de comprensión. Por eso, nuestra formación universitaria nos deja una enseñanza especialmente valiosa: algunas cosas solamente pueden ser comprendidas lentamente, se trate de una concepción filosófica, un proceso histórico, un corpus literario o una religión oriental.

Ante un legado tan rico, corresponde entonces agradecer.

A nuestros padres fundadores, con Ismael Quiles a la cabeza, por haberse animado a construir y sostener este edificio del espíritu.

A nuestros docentes, con especial mención a aquellos que no son meros profesores sino auténticos maestros. Veo algunos de ellos acompañándonos hoy y la gratitud me sobrepasa.

A nuestros compañeros, porque una carrera universitaria es una experiencia que marca la vida para siempre, y la llena de anécdotas que serán relatadas a colegas, amigos, sobrinos, hijos y nietos.

Y a nuestras familias; sobre todo a nuestras familias electivas, esas que nos adoptaron sin tener ninguna obligación de hacerlo y que nos acompañan con un amor sin medida.

Hecho esto, llegó el momento de egresar, en las formas y en los hechos. Y hay algo profundamente simbólico en que "egresar" signifique precisamente "salir". Después de años entrando en aulas, hoy salimos de ellas; pero Heráclito nos enseña que ya no somos los mismos y las propias aulas ya no son las mismas. Todos hemos sido transformados –como escribía Pablo a los corintios– y en este caso sin necesidad de que resuene la trompeta final (o al menos no todavía).

Por eso propongo que quienes hoy egresamos recordemos algo más importante que nuestras calificaciones y promedios: que atesoremos las palabras, los gestos y las miradas de quienes enseñaron y aprendieron con nosotros, tanto en la distancia como de cuerpo presente, desde el padre Quiles hasta el más joven de nuestros colegas de estudio.

Nos corresponde ahora llevar aquello que recibimos y elaboramos a nuestras profesiones, nuestras investigaciones y nuestros alumnos. Nos toca demostrar que ejercer las ciencias, las humanidades y las artes no significa apartarse del mundo, sino abrazarlo. Quizás ese sea el verdadero sentido de la herencia de Quiles: no repetirla, sino continuarla, hacerla vivir de acuerdo con los tiempos que nos tocan.

Hoy, siguiendo una tradición que se remonta a la Edad Media, recibimos nuestros diplomas. Pero en realidad se nos entrega algo más importante: la responsabilidad de que aquello que hemos aprendido no se agote en nosotros. Y vuelvo entonces, para terminar, a Confucio: "Aprender y, a su debido tiempo, practicar lo aprendido, ¿no es acaso un placer?".

Algo hemos aprendido, será entonces cuestión de ejercerlo: con disciplina para buscar la verdad, con humildad para reconocerla si la encontramos, con libertad para seguir preguntando; y con la generosidad suficiente para poner aquello que sabemos al servicio de los demás: *in omnibus amare et servire*. Porque, al fin y al cabo, quizá ese sea el verdadero significado de egresar: no haber llegado al final de un camino, sino empezar a recorrerlo, de la mano de nuestro prójimo.

¡Ciencia y virtud! Gracias.